

EL ENEMIGO

Autor: Marta González Bueno

Queridos pínfanos:

Voy a haceros partícipes de lo que me ocurre desde hace un tiempo, ya que tengo la sospecha de que a vosotros puede haberos ocurrido algo similar.

Como casi todos los días, me había levantado optimista y bastante alegre, así que después de vestirme, salí con rapidez a la calle para disfrutar de un pequeño paseo matutino de fin de semana, a esa hora en que la ciudad parece todavía propiedad privada, porque las aceras están desiertas y la circulación es escasa.

Pero, desgraciadamente para mí, tuve un encontronazo que me amargó la mañana. Cuando entré en el ascensor, con mi semblante alegre, o al menos eso creía yo, él hizo una mueca y me miró con ojos tristes y enfadados que me desconcertaron.

Tardé un tiempo en quitarme su imagen de mi mente. Esa fue la primera vez.

A los pocos días, en mi centro de trabajo, involuntariamente, tropecé de nuevo con él. Yo iba sonriendo por alguna broma a propósito de alguna anécdota con algún alumno, cuando repentinamente le vi, mirándome con sus ojillos sarcásticos. Y a mi tentativa de sonrisa, él respondió con una mueca rodeada de surcos.

Desde entonces no he parado de encontrármelo, cada día con más frecuencia, menudeando nuestros encuentros como si se regodeara en demostrarme que es más fuerte que yo. Parece estar en todas partes.

Los sobresaltos que me produce son indescriptibles. Cuando recuerdo lo que puede ocurrir y estoy preparada para un cara a cara, lo abordo con ojos abiertos y vivos, atentos a la reacción que se produzca, dispuesta a hacerle frente. Pero él, a través de una estrecha franja abierta que forman sus ojos, me devuelve una mirada de resignación, cercana a la compasión. Y me deja derrotada.

Los encuentros se producen en los lugares más inesperados. Cualquier emplazamiento debe parecerle apropiado para amedrentarme: una calle, el centro de trabajo, un hospital, una tienda, una cafetería, mi casa... Sus reacciones no siempre son coincidentes, pero invariablemente responde burlonamente ante nuestros encuentros mostrándome diferentes partes de un

rostro cargado de experiencias, que me asusta y acongoja. A veces, en tardes luminosas de paseos urbanos, o al levantar la vista para ojear un escaparate, aparece por detrás, mostrándome unos ojos cansinos rodeados de surcos que me hielan la despreocupada sonrisa.

Y es que me acecha y me persigue. Aunque a veces logro esquivarle momentáneamente él siempre está preparado para asustarme. Cuando hay suerte, la luz tenue dulcifica los encuentros, lo que supone un respiro para la inquietud que casi siempre me produce. Entonces, las manchas son apenas perceptibles y el cansancio queda disimulado tras un aparente brillo de los ojos, causado por la dilatación de las pupilas.

Muchas veces le he sorprendido en los momentos en que estoy con la guardia baja y que he olvidado su odiosa persecución. Siempre mirándome tristemente, con la mirada perdida, casi compadeciéndose de mí, el muy dañino. Así me ocurrió hace pocos días volviendo de la sierra, cuando me sorprendió su mirada desde el exterior del coche, acurrucada como iba en mi asiento.

Ahora intento evitarle todo lo que puedo. Cuando presiento que me lo voy a encontrar, mis temores se acrecientan. Entonces, desvío la vista, incluso de forma ostentosa, tratando de evitar su decrepita mirada.

Pero su poder es verdaderamente notable, cada vez mayor. Parece ganarme en todos los encuentros y aunque me estoy planteando un plan para eliminarlo de mi vida, me temo que el poder del ESPEJO no sólo es indestructible, sino que se va a incrementar con el paso del tiempo.

Amigos míos, si os encontráis con ÉL desviad la mirada, no hay otra salida.